

EL MÉDICO QUE TUVO LA BRILLANTE IDEA DE LAVARSE LAS MANOS

En el siglo XIX lo normal era trabajar sin guantes ni higiene básica, hasta que un médico tuvo una idea tan simple como revolucionaria: **desinfectarse las manos**.

Joseph Lister, cirujano británico, no solo desafió las costumbres médicas de su época, sino que lo hizo con una idea tan simple como poderosa: la causa de muchas infecciones no era el "mal aire" (miasmas), sino los microbios invisibles que habitaban en nuestras manos, instrumentos y heridas abiertas.

Inspirado por los descubrimientos de Louis Pasteur sobre los gérmenes, **Lister comenzó a rociar ácido carbólico (fenol) en sus manos**, en los instrumentos quirúrgicos ¡y hasta en el aire de la sala de operaciones! El resultado fue asombroso: **las tasas de mortalidad postoperatoria se redujeron drásticamente**.

De "chiflado" a salvador de millones

Al principio, le llamaban exagerado e incluso les parecía ridículo.

¿Rociar químicos en el quirófano? ¿Lavar las manos antes de operar? ¿Limpiar el instrumental? ¡Absurdo! Pero los datos hablaron por sí solos. Años después, sus métodos fueron adoptados en todo el mundo **y Lister pasó de ser un excéntrico incomprendido a un héroe de la medicina moderna**.

Hoy, gracias a él, la antisepsia quirúrgica es una norma indiscutible. De hecho, el famoso enjuague bucal "Listerine" fue nombrado en su honor.

Antes de que Joseph Lister revolucionara la cirugía con técnicas antisépticas, **otro médico ya había intentado abrirle los ojos al mundo**: Ignaz Semmelweis fue el primer defensor del lavado de manos, propuso entonces un lavado con cal clorada, aunque aún no se conocían los gérmenes. **El resultado fue claro: las tasas de mortalidad se redujeron de forma muy significativa**.

¿Por qué importa esto en el laboratorio?

Porque nos recuerda que la innovación a veces empieza con una idea simple pero audaz. Y también que, en la ciencia, lo invisible puede ser lo más peligroso y lo más poderoso.

